

RECENSIONES

UNA REIVINDICACIÓN IMPRESCINDIBLE: LA FILOSOFÍA ACTUAL

ESPINOSA ANTÓN, Francisco Javier (coor.): *Ocho pensadores de hoy: Rancière, McDowell, Savater, Faye, Conche, Lipman, Lledó, Flores D'Arcais*, Madrid, Septem Ediciones, 2007, 263 pp.

En los lindes del no-saber, la Filosofía es un álbum de hojas amarillentas en las que aparecen incrustados los retratos de excelsos pensadores pasados cuyas propuestas merecen el falso recuerdo de los anaqueles. Es, sin más, el ajado libro forjado a base de sistemas que han perdido su vigencia al desecarse su contexto originario, volumen que no deja lugar al presente como si éste no tuviese nada digno de ser reseñado al carecer de la distancia temporal, esa que otorga profundidad y solera a las palabras. *Ocho pensadores de hoy* corrige este mal, dando voz a intelectuales del «ahora», ora poco conocidos al no tener hueco en el ámbito académico, ora deformados por la sobreinformación de nuestra cultura de *mass media* que, de tanto querer decir, enmudece. El volumen coordinado por F.J. Espinosa cede la palestra a Lledó, Savater, Flores D'Arcais, Faye, Rancière, Conche, Lipman y McDowell, intelectuales que son tratados por reconocidos especialistas capaces de combinar la brevedad con la sencillez, sin que ello suponga una mengua de la precisión. Nos encontramos, pues, ante un libro que cumple en grado sumo el doble objetivo de mostrar las líneas fundamentales de propuestas actuales y de hacerlo para que el no iniciado en las lides filosóficas o el licenciado que ha restringido su formación a los programas de las asignaturas —que

raramente van más allá de Derrida— puedan comprender aquéllas e, incluso, sentirse llamados a explorarlas.

Es idea comúnmente asumida de que la filosofía contemporánea se caracteriza por una disseminación que hace imposible el hallazgo de un punto nodal que aúne coherentemente las diferentes propuestas y nos permita situarnos respecto de las mismas. Parece que nos encontramos ante un mapamundi nocional quebrado por diferentes regiones ideológicas que pugnan por ganar la guerra del acierto, contienda sin sentido en esta bella disciplina nuestra que, en realidad, se alimenta de la diversidad. Pero dicha ofensiva es, además, absurda porque es factible encontrar el nudo gordiano de la filosofía actual: la devolución de la dignidad al ser humano, la restitución de la validez a un mundo que había sido aniquilado en pro de una presunta verdad, la importancia de los acontecimientos históricos y la creciente preocupación por *qué se hace hoy*. Estos ejes articuladores así como los problemas que abren pueden verse en los pensadores que conforman el libro que reseñamos aquí y que son presentados con una particularidad: cada capítulo está escrito sin tener en cuenta al otro para que el lector elija por dónde empezar a seguir estas sendas y no sienta el peso de la tradición cronológicamente determinada. Su lectura es, en cierto modo, una travesía a Ítaca en la que lo que relevante no es llegar a puerto, sino el trayecto, las ganas de afrontarlo, las rutas que tracemos que, desde luego, van a depender de nuestro pasado y nuestro horizonte hermenéutico. Quien esto escribe así afrontó este volumen y se permitió el lujoso placer de elegir qué autor abordar siguiendo, simplemente, el



dictado de sus intereses e ignorancia presentes. La reseña que se presenta no pretende, pues, resumir ocho contribuciones —tarea absurda en esta época de «googlismo»— sino de hacer patente su viaje con toda la parcialidad que ello implica. Dejamos la objetividad del microscopio a los que a que abren un libro deseando encontrar lo que ya esperaban antes de tenerlo entre sus manos.

Comenzamos con el capítulo que M.^a L. de la Cámara dedica a Faye, aventurero filosófico que nos atrapó no sólo por la sinceridad de sus teorías, sino también por el modo en que dichas ideas son expuestas por De la Cámara, defensora a ultranza del lenguaje directo en el que no sobra ni una coma. En sus páginas se pone de manifiesto la concepción fayeana de la historia, la cual no es entendida como una recopilación objetiva de hechos pretéritos independientes de la manera en que son contados; por el contrario, aquélla está tejida por los acontecimientos ocurridos y el relato por el que son dados a conocer, narración en la que se hace patente el andamiaje ideológico manejado. El lenguaje no es, pues, un mero instrumento de comunicación, sino un modo de actuación que, al ofrecernos el pasado, lo modela y lo re-crea. Pero, lo que nos ha llamado la atención —y nos ha divertido, para qué negarlo— es la crítica que Faye realiza al pope Heidegger y a sus seguidores franceses (los deconstructivistas), los cuales, en su afán por dinamitar la metafísica del sujeto, la detectan allí donde no está. Además, olvidan voluntariamente la afiliación nazi de Heidegger que, como recuerda Faye, no fue puntual ni el descuido de un jovencuelo, estando, por el contrario, en el centro de su pensamiento gracias al uso de términos como «nihilismo», «deconstrucción» o «logocentrismo» que nacen en manuales de pensadores fascistas. Finalmente, nos enamoró la definición fayeana de la filosofía como «*sofía* de la amistad» que demuestra que nuestra bella disciplina debe tener los pies en la tierra.

Marcel Conche también fue a contracorrente de esa filosofía francesa seguidora de Heidegger y, por lo tanto, de su batalla sin tregua contra la metafísica del sujeto que desembocaba, según ellos, en la pérdida de la humani-

dad. Conche, tratado aquí por P. Sánchez Orozco, única (o casi) especialista española en dicho pensador —que no dudó en felicitarla por su tesis doctoral—, se empeñó en elaborar una metafísica no teológica y trágica. El primer calificativo indica que Conche considera que Dios no puede existir mientras un solo niño sufra en este mundo, lo que, a su vez, obliga a buscar nuevos temas metafísicos: la muerte, la eternidad, etc. El carácter trágico de su filosofía obedece al reconocimiento (escéptico) de la imposibilidad de encontrar respuestas cerradas y adecuadas, lo que, no obstante, no debe anular el quehacer filosófico. Éste jamás ofrecerá puntos finales, pero sí caminos dispares que recorrer, regalo para los nómadas del pensamiento.

Tercera parada de nuestra travesía: John McDowell. Esta elección fue debida, más que al autor tratado, al narrador, P. Rojas, que nos ha atrapado en otros escritos sobre Heidegger, la postmodernidad y la filosofía analítica por su estilo claro e iluminador —recomendamos una visita a la hemeroteca—. El capítulo que dedica a McDowell sigue esta tónica y nos hace patente con suma llaneza cómo dicho pensador afronta el problema del enlace sujeto-mundo, relación oscurecida por el subjetivismo y el cientificismo que se dedican a llevar al máximo la diferencia epistemológica clásica sujeto *vs.* objeto. Para McDowell la problemática presentada es un espejismo que se desvanece tan pronto olvidamos esta añeja distancia y reconocemos que el mundo y la mente están unidos como el feto y la madre. Del mismo modo que entre éstos se da una constante interrelación —sin ella no serían lo que son— y un mutuo moldeamiento, entre el mundo y la mente encontramos una plática directa, continua que posibilita una configuración hermanada. Interesante son, sin duda, las implicaciones éticas de dicho cambio que esperamos que el lector descubra.

Nuestro peculiar viaje a Ítaca continúa con Rancière, expuesto por la alada pluma de F.J. Espinosa que hace hincapié en el tema de la igualdad y de la relación entre la política y el arte. Para Rancière es esencial que las clases desfavorecidas, a las que se educa y se graba a fuego su inferioridad, sean conscientes de la igualdad de todos los seres humanos —para ello

quizás valdría el proyecto educativo *Filosofía para niños* de Lipman que explica T. Miranda—. Sólo este viraje en la autoconsideración los hace aparecer como sujetos políticos dignos de ser tomados en cuenta, lo que, indudablemente, puede producir un cambio político. Sin embargo, este proceso no es fácil y menos en la actualidad que la política se ha convertido en un discurso plano consensuado que da voz a una comunidad —definiendo de antemano cuál es— y que aniquila cualquier proyecto innovador que hable de libertad, igualdad y otros bellos ideales, etiquetándolos automáticamente de utópicos. Con tal rótulo se ahogaría la voz de Flores d'Arcais —traída aquí con exquisitez por A. Ponce—, que preconiza una política abierta a la disidencia no «chaquetera» e insiste en una esfera pública cuyo eje sería la libertad igualadora.

Última parada aglutinadora del pensamiento español: Savater y Lledó, tratados por Pérez Calleja y Sarrión, respectivamente, que continúan con la tónica general de este volumen de un lenguaje sencillo que apuesta por la precisión. Savater está condenado a los dislates debido a su presencia en los medios de comunicación que, con el «cortar y pegar», deshacen propuestas interesantes como la ética trágica. Ésta plantea que hay que vivir este mundo con libertad, lo cual resulta durísimo si dejamos de hipotecar nuestros actos y nuestra existencia en dioses diversos que nos den la seguridad de la respuesta indubitable.

Savater es, sin duda, practicante de esta peculiar ética que se trasluce en una postura política que Pérez Calleja aclara y deja bien asentada. Por su parte, Sarrión se ocupa de Lledó, intelectual fundamental que ha hecho del lenguaje el eje de su pensamiento y que, a través de sus líneas, ha enseñado a varias generaciones a re-vivir textos que, lejos de ser monólogos cerrados, son diálogos abiertos que pueden modificar nuestra visión del mundo. Esas obras privilegiadas son las de Epicuro, Platón y Aristóteles, voces del universo heleno que han de permitir una evaluación crítica de nuestra cosmovisión. Bella propuesta, sin duda.

He aquí un breve extracto de nuestro cuaderno de bitácora, resumen que, como todos, es injusto para el lector porque criba ideas que bien pudieran interesarle más e insiste en aquellas que le resultan tediosas. Para ello sólo existe un correctivo: deleitarse con este libro que, indudablemente, se lo merece y hacerlo en un lugar apacible porque, si hay algo que reprocharle a este volumen, es un formato demasiado grande para estos tiempos que corren que nos fuerzan a ser hojeadores en constante tránsito obsesionados por guardar la máxima información en el mínimo espacio. Desde luego, una minucia que no ensombrece el interés de esta obra. Cualquier otra palabra sobra.

Karina P. TRILLES CALVO

